

José Ignacio LACASTA ZABALZA, *Georges Sorel en su tiempo (1847-1922). El conductor de herejías*, Madrid, Talasa, 1994, 400 páginas.

La publicación del libro de J.I. Lacasta es una tentativa lúcida de rescatar el ideario de Sorel que, por su polémica y contradictoria personalidad, había caído en el rechazo o peor aún en el olvido, a pesar del gran predicamento que tuvieron algunas de sus obras en la Francia e Italia de comienzos de este siglo. Aunque sólo fuera por este motivo, esta obra es merecedora de atención. Siendo esto cierto, sin embargo, la recuperación de un pensamiento «actual» y digno sin duda de ser tenido en cuenta no debe oscurecer que el trabajo que comentamos debe celebrarse, además, por su fuerza y la erudición cultural desde la que ha sido abordado. Teniendo en cuenta estos antecedentes, este comentario se va a articular a partir de tres puntos, fundamentalmente. En primer lugar, una presentación del libro y de las intenciones del autor en su intento de «rescatar» el pensamiento de Sorel y su significado cultural e histórico. En segundo lugar, se atenderá a las cuestiones que se abordan en la trastienda sociológica del pensamiento de Sorel (una de las más valiosas aportaciones metodológicas y de contenido de J.I. Lacasta). Para finalizar, en tercer lugar, esta revisión se centrará en la crítica del «antisemitismo» de Sorel. Entendiendo que este dato no es una mera anécdota en su pensamiento y que el autor, aunque aborda el tema, en alguna medida lo escamotea al desplazarlo hasta el epílogo, cuando debiera haber sido una de las claves a tener en cuenta para la reconstrucción de su pensamiento y en especial para valorar su «antidemocratismo».

El pensamiento de Sorel debe situarse en medio del alboroto producido por el *fin de siècle* francés y la tentativa de la III República de mostrar una capacidad racionalizadora de reducción de conflictos y de realización del ideal republicano mediante reformas pacíficas. Frente a esta situación aparece un Sorel enérgico y decidido a cambiar el rumbo de la vida política y religiosa. Su crítica radical le lleva a situarse en una posición desconcertante que ha dado lugar a un largo periplo de «transmigraciones» de su pensamiento desde las posiciones conservadoras más acérrimas hasta los planteamientos revolucionarios más radicales, tanto en el foro político como sindical. La simultaneidad de su utilización desde posiciones que se auto-reclaman de «derechas» o de «izquierdas» llama especialmente la atención, hasta el punto de que recientemente Bobbio ha significado «la interpretación ambiguamente contrastante» de este autor¹. El propio autor del libro que comentamos, a pesar de sus esfuerzos por superar esta tensión y rescatar los valores del pensamiento de Sorel en sí mismo, no escapa a la misma, como puede apreciarse a *sensu contrario* en la constante insistencia en subrayar la originalidad de su pensamiento y en su justificación. El «malditismo» de Sorel persigue a J.I. Lacasta y le lleva a un singular esfuerzo de justificación, único punto en el que este brillante libro puede adolecer de algún flanco débil.

A J.I. Lacasta le obsesiona mostrar, siempre que tiene ocasión, la autonomía y originalidad del pensamiento soreliano. Alejándose así de aquéllos que lo han valorado como una «mezcla de Marx y de Nietzsche». La originalidad del pensamiento soreliano reaparece como un parpadeo en muchas de las páginas de este libro, incluso para referirse a la deuda de Sorel con respecto a «los materiales morales recibidos» [débito que, con gran plasticidad, el autor del libro colorea con un trazo fuerte y seguro calificándolo de «no esclavizado» (p. 80)]. En la mayoría de las ocasiones, la singularidad de su pensamiento es perfilada con coletillas como el uso constante de la expresión «muy de Sorel» detrás de comentarios acerca, por ejemplo, de la «presencia de una brújula ética de origen teórico proudhoniano» (p. 73). Este ahínco también se observa en la reacción del autor frente a la calificación de Sorel como «imitador» o «epígono» de la figura de Croce por algunos pensadores como Gramsci, Bergson, Renan y Proudhon. Frente a esta valoración, que considera exagerada, «un tanto distorsionada

1. BOBBIO, N., *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política*, 2.^a ed., trad. A. Picone, Madrid, Taurus, 1995, p. 73 ss., esp. p. 74-75.

y algo pérfida» en el caso de Gramsci, se resalta, por un lado, la sorpresa de esta «anómala postura doméstica en un ser tan independiente y creativo» (p. 119) y, por otro, se reconduce ese sometimiento soreliano que parece apartarlo de una dimensión propia y original a nada más que cierta ambigüedad. Algo que sería característico de la época y que, como se señala, es típica del «panorama de los personajes de Flaubert». Dentro de esta óptica literaria flaubertiana, la presencia de ocasionales «niñerías» o «incomprensibles manías» no desmerece la lucidez del pensamiento soreliano (p. 120). Por último, también el análisis de los componentes del estilo de Sorel apuntalaría su autenticidad, su originalidad estilística e ideológica. El «gozne estilístico» soreliano aparece magistralmente conectado con su actitud moral de búsqueda de «lo verdadero», con su peculiar sensibilidad hacia el valor de la tradición, en la vertiente histórica de las democracias rurales frente a las urbanas y en la de la tradición creadora fundamentada en el uso de los moldes clásicos (p. 131).

El conato por dejar patente la originalidad del pensamiento de Sorel se complementa con la apología de su actualidad. En este sentido, el autor del libro que comentamos realza la vigencia de su pensamiento, insistiendo en que muchas de sus ideas «llegan sin diluirse hasta la recta final del siglo XX» (pp. 122-123). Desde esta perspectiva, la argumentación se desdobra en varias vertientes. Así, por ejemplo, la crítica soreliana «a la ley de uniformidad social a través de las instituciones estatales integradoras», plenamente vigentes en la ideología del progreso y la democracia de la III República francesa. En concreto, frente a esta fuerza centralizadora del «Estado-nación aparecen en el nuevo mapa europeo de finales de siglo, la pervivencia de etnias y nacionalidades como fuerzas centrípetas» (p. 124). Paralelamente se hace un esfuerzo titánico en no oscurecer la contemporaneidad de la perspicacia de Sorel para estudiar algunas de las «cuestiones axiales de su época» (p. 125).

Adentrándonos en cuestiones más profundas, mayor interés tiene el retrato que J.I. Lacasta hace del telón de fondo que tiene el pensamiento de Sorel. El autor consigue, con unas pocas pero precisas y brillantes pinceladas, que el lector no pierda conciencia de la ebullición política, social, cultural y moral de la Europa central de fin de siglo y más particularmente de la Francia de la III República. El profundo buceo intelectual que se realiza en la obra soreliana, se conecta con el discurso y las opiniones de los más relevantes políticos y pensadores contemporáneos en juegos comparativos plagados de guiños eruditos. Sólo dos objeciones. En primer lugar, el alarde de cultura y de referencias, que puede llegar a ser excesivo, puede ir en detrimento de la claridad expositiva haciendo difícil la lectura del libro, que por lo demás está estupendamente escrito. En segundo lugar, el autor se extiende en visualizar la Francia de Sorel y, aunque lo hace lúcidamente, ésta queda pautada en clave soreliana, con lo cual se insiste en su «decadencia» o es atisbada a través de la lente la vieja Antioquía o «metrópoli de cortesanos, charlatanes y mercaderes» (p. 135). No salen mejor parados los intelectuales a quienes se califica de «pléyade socialmente haragana» presente en las democracias urbanas de la III República.

Para perfilar más nítida y luminosamente el retrato de Sorel, se recurre a extensas referencias intelectuales que pretenden dar cuenta de la admiración que despertaban en Sorel otros intelectuales. Desde esta perspectiva se intuye ingeniosamente la equidistancia entre Sorel y Flaubert. Más concretamente, entre el «espíritu de invención» soreliano y «la imaginación, lo onírico y hasta lo psicoanalítico» de *La tentación de San Antonio* de Flaubert (p. 85, 99). Al mismo tiempo que capta con brillantez la personalidad antidecadente de Sorel, destaca el deleite con el que Flaubert «se regodea en la decadencia cartaginesa» como «dos momentos franceses diferentes» (p. 100 y 109). De uno de estos juegos surge una de las claves simbólicas del libro, el uso de la figura del discrepante Hilarión. J.I. Lacasta ve en el tentador Hilarión un nítido reflejo de la personalidad intelectual de Sorel. Es Hilarión el conductor de herejías, el tentador peligroso e infatigable, un dubitativo que interroga, un ser en vigilia que «pone en jaque» a quien le escucha (p. 34).

Para el autor, lo de «poner en jaque» es un atributo que puede compartir la filosofía de Sorel en su actitud, propiamente herética y antidogmática, hacia Marx y el «marxismo». Actitud crítica con respecto a la cual se resalta no sólo el profundo conocimiento de

Sorel sobre Marx y su obra, sino también que su estudio se basa en una «comprensión nada trivial del filósofo alemán» (p. 113). En opinión del autor, Sorel posee una gran lucidez al analizar la obra marxiana, distinguir la presencia de «otro Marx nada *necesario* en su argumentación» (p. 114), y concluir ajustadamente que «el verdadero marxismo no es tan absoluto en sus previsiones» (p. 115). Por el contrario, son los descendientes de Marx los que son realmente previsores del plan social descriptivo. Esto no obsta para que el propio Marx sea criticado por Sorel «con no poco ojo clínico, en un análisis que hay que tener bien en cuenta, pues existe un Marx imbuido de *prejuicios hegelianos*» (p. 114). Por otro lado, la comparación con Hilarión no impide que se resalte lúcida-mente que Sorel es un hereje que no sólo incordia, sino que fundamentalmente teoriza (p. 34).

Al hilo de estos juegos surge también una de las propuestas más interesantes del libro, la consideración de que lo económico o lo religioso de una época es construido por Sorel desde un enfoque sociológico que intuye esas realidades, para después analizarlas como manifestación de, en palabras de Bergson, «lo consciente e inconsciente» (p. 9 y 187). Esta perspectiva sociológica utilizada por Sorel para pensar y construir sobre Marx o el marxismo, sobre la religión o la ética y otras múltiples cuestiones, evitando caer en «la obsesión historicista por los hechos concretos y su repercusión documental» (p. 188). Sintonizando con este planteamiento, J.I. Lacasta también quiere eludir el reduccionismo historicista y busca una rearticulación del pensamiento de Sorel como manifestación tanto de lo consciente como de lo inconsciente, lo cual redundaría en la importancia de la perspectiva sociológica en la reconstrucción de su pensamiento. Con esta finalidad, se apoya, singularmente, en la profusa correspondencia mantenida por Sorel con amigos y contemporáneos como el propio Bergson, Croce, Labriola, Pareto, Michels, Halévy y su discípulo Berth.

Al autor le interesa, especialmente, recomponer, dentro de esa «sociología de lo inconsciente», la arraigada y fructífera veta moral de Sorel. Para lo cual rastrea con gran precisión y conocimiento en la obra proudhoniana, además de encontrar sus concomitancias con las ideas anticapitalistas de Péguy en medio de la vorágine de la III República francesa. Sorel, al igual que Péguy, está molestandamente impresionado por el perverso efecto de las grandes ciudades en el resquebrajamiento espiritual de las costumbres, lo que le hace volver la vista atrás hacia la vida rural. Esta mirada retrospectiva hacia las «democracias rurales» viene determinada por «su personal sensibilidad ante el valor de la tradición» (p. 133). La cual es para Sorel mucho más convincente que «artefactos tales como la voluntad general o el hombre abstracto», que Sorel detecta en las democracias urbanas. La decadente Antioquía es así contrapuesta a la Esparta Soreliana (p. 135).

La raíz proudhiana es captada por J.I. Lacasta cuando contempla críticamente la veta «puritana» de Sorel. Para éste, la familia es el elemento esencial de la civilización y, dentro de ella, la mujer deberá ocupar el «escalón subalterno», sometida a «deberes especiales», concebidos «por la inhumana categoría del «concubinato» en la teoría eclesial católica» (p. 107). El autor sigue a lo largo del libro rastreando este carácter «más bien ñoño» de la filosofía moral de Sorel en lo referente a la mujer cuando, por ejemplo, se propone como uno de los objetivos «paliar la disolución de las costumbres femeninas» como consecuencia de la emancipación que estaban alcanzando algunas de las mujeres de las clases altas en medio de los «días barrocos» propios de la III República francesa (p. 139-140).

En esta sociología de «lo inconsciente» también encuentra el autor el hilo soreliano que conecta la trayectoria del marxismo con el cristianismo, porque el pensamiento judeocristiano es buena parte «del patrimonio ético del movimiento obrero y sindical» (p. 53). Papel histórico que no ha sido apreciado por los escritores socialistas. Las analogías entre socialismo y cristianismo aparecen nítidamente perfiladas por la pluma ágil del autor en un continuo ir y venir por la biografía intelectual soreliana. Con la misma frescura, consigue que emerjan las carencias del socialismo desde el horizonte proudhoniano del que está imbuido Sorel. En este sentido, «al socialismo le sobra la superstición de la ciencia» y le falta, en boca del propio Sorel, «el reconocimiento expreso de la necesidad de los impulsos morales, del factor moral a secas» (p. 92). Por-

que las cuestiones espirituales que tan hondamente preocupaban a Sorel, por ser la única palanca capaz de transformar en profundidad una civilización, no pueden resolverse con «la ciencia» y el «progreso», como muy bien hila aquí el autor (p. 94). Para Sorel el sentimiento del misterio que caracteriza «lo religioso» está ligado estrechamente al pesimismo. Posición desde la que se distancia, tal y como lo ha intuido lúcidamente J.I. Lacasta, de la utopía del «progreso», de la ciencia positivista que todo lo puede y, en definitiva, del marxismo a gusto de la época en tanto que «causal», «necesario», «dialéctico», «científico», «progresista» y por todo ello optimista (p. 55).

En medio de este enfoque sociológico, se rescata, por último, la influyente presencia de la ciencia y la tecnología en la obra soreliana (para ello se apoya en parte en su profuso conocimiento directo de la obra de Sorel y en la de Bergson). Desde esta posición cientifista, el autor resalta magistralmente, la diferencia de Sorel con algunos de «los marxistas» o descendientes de Marx, en su objetivo de presentar el proyecto soreliano como autónomo y genuino. En este sentido, Sorel establece unos límites a las aspiraciones de conocer y prever de la ciencia. Ello le lleva a rechazar todo principio de causalidad y toda idea de «necesidad» para la historia, sumándose con ello al análisis bergsoniano. Y, desde otro punto de vista, a desembocar a una considerable distancia de la línea filosófica engelsiana de la causalidad, seguida también por Lenin. Más concretamente, se conecta a Sorel, en su rechazo a teorizar sobre el mañana, con una de las direcciones de Marx. Particularmente con la crítica de éste a los «programas detallados para el porvenir social» (p. 108). Por ello, esa inspiración científica y tecnológica da razón, en parte, de su rechazo «a las ilusiones del progreso» y al entusiasmo característico entre los socialdemócratas, esto es, de su refutación al dogmatismo del «plan social descriptivo», característico de los seguidores de Marx. Reflexión que además le permite entresacar un fundamental punto de conexión al autor entre Sorel y Gramsci, (pp. 111-112).

Mayores reservas críticas encontramos en otra de las líneas, curiosamente sólo esbozada por el autor, como es la del *antisemitismo* de Sorel. J.I. Lacasta, quizá seducido por la grandiosidad del pensamiento de Sorel, se aferra inútilmente a presentárnoslo como un rasgo más, en el que no va a profundizar hasta el epílogo, posiblemente para no ensombrecer la altura intelectual de Sorel. En este sentido, si bien se reconoce la «no poca incoherencia» que supone la inclusión de este repugnante elemento antisemita en la biografía política de Sorel, se intenta una y otra vez que, a los ojos del lector, dicho carácter no contamine la grandiosidad intelectual soreliana con comentarios como los siguientes: «pero ese plano biográfico-político no se puede trasplantar directamente a la filosofía»; «al soslayo de esta políticamente controvertida conducta vital, Sorel (...) prosigue su propio, algo sonambulesco y difícil destino intelectual»; «entre la biografía de Sorel y la evolución de sus ideas, no existe un acoplamiento», concluyendo que «las biografías por sí mismas explican lo que explican y nada más. Y, en ocasiones como esta, más bien poco» (p. 78).

Mucho más adelante, ya en el epílogo, el autor aborda más abiertamente y con algo menos de miedo el repugnante antisemitismo soreliano; si bien, todavía algo acorado por la posible descalificación u olvido del grandilocuente e ingenioso pensamiento soreliano que pudiera surgir en el lector. Así, por ejemplo, existe un empeño constante de mostrar cómo «una línea estricta o unilateralmente biográfica puede llegar a ocultar su pensamiento, todo ello no es óbice para que pueda notarse en él un recio antisemitismo» (p. 345). En el fondo, late una más que dolorosa preocupación de que el descubrimiento por el lector del antisemitismo cerril de Sorel provoque, una vez más, la desvirtuación de la obra soreliana. Inquietud que emerge con fuerza en boca del autor cuando comenta «en el supuesto de Sorel lo que más ha desvirtuado su obra y su aguda producción intelectual, fuera de su tiempo, ha sido probablemente los intérpretes y las interpretaciones» (p. 361).

Los temores de J.I. Lacasta están fundados². Pero aún estando de acuerdo en que

2. Véase como ejemplo reciente de ese tipo de aproximaciones parciales, la vinculación del sindicalismo revolucionario de Sorel con el nacimiento del fascismo italiano, en Zeev STERNBELL, *El nacimiento de la ideología fascista*, trad. O. Pellisa, Madrid, Siglo XXI, 1994.

no puede desvirtuarse gratuitamente el pensamiento de Sorel sin valorarlo globalmente, este *pequeño detalle* del «antisemitismo», como su «antidemocratismo», no pueden dejar de ser tenidos en cuenta. Más aún, puede considerarse definitorio del talante intelectual de Sorel y por ello debiera de haber servido para cribar críticamente su pensamiento desde un comienzo y no sólo en el epílogo. Si miramos a Sorel a través de la lente de su antisemitismo, muchos de sus atributos se desvanecen en el aire. El irracional antisemitismo oscurece hasta la negrura su humanismo, la «ladera humana» de la que se habla en el libro, en boca de Bergson, para explicar el sustrato de los ensayos religiosos sorelianos (p. 32). Pueden traerse aquí a colación las reflexiones de Kolakovski acerca del antisemitismo como actitud de esencia irracional que «resulta inaccesible a toda crítica» y por ello no necesita de argumentos racionales ni tampoco se le puede oponer argumento alguno porque «el antisemitismo es anticultura y anti-humanismo, antiteoría y anticiencia»³. Para Michels lo que Sorel reprocha a los judíos es «su pertenencia al capitalismo internacional» (p. 41). En este punto al menos, Sorel no es nada original. Históricamente, el antisemitismo como ha intuido brillantemente Kolakovski ha funcionado como «un símbolo negativo abstracto», susceptible de ser asociado con cualquier situación «cuando se pretende mostrar ésta al mundo como algo negativo»⁴.

En su afán de salvar ideológicamente a Sorel, el autor rebusca con inteligencia y perspicacia en autores como Bloch, quien considera que tanto Nietzsche como Sorel no «laboraron conscientemente para su utilización fascista» (p. 48). Paralelamente, con el mismo objetivo de no caer en una simplificación ideológica de Sorel trata de aunar a éste junto con Benjamin alrededor del «mito social» y con ello alejar a aquél del «mito nacional» de Schmitt, (p. 49). Con el mismo objetivo el autor logra brillantemente rescatar márgenes diferenciadores entre el antisemitismo soreliano: «no es el judaísmo como religión lo que Sorel desprecia sino los judíos sin su religión» (p. 348) o el intento de conectar el más que reprobable irracionalismo de Sorel hacia los judíos con «un antisemitismo de cuño francés», tratando inútilmente de rebajar el condenable racismo de Sorel (p. 349). Sin embargo, esta actitud matizada trae a la memoria el «símbolo negativo abstracto» de Kolakovski en el que Sorel coloca a los cosmopolitas judíos europeos «que viven al margen de la producción», que «se ocupan de la literatura, la música, las especulaciones financieras» y por tanto «no están impresionados por lo que en el mundo hay de necesario» (p. 347). Actitud antisemita que como el propio J.I. Lacasta señala se recrudece hasta lo «escabroso» a partir de 1912 y hasta el fin de sus días en 1922 (p. 349).

A pesar de estas precisiones realizadas por el autor para alejar la sombra del fascismo que se proyecta sobre la cabeza de Sorel, no puede pasarse por alto que el antisemitismo sólo puede ser reaccionario, como puede comprobarse en algunos episodios y disputas tangenciales. Aunque pueda estarse de acuerdo con el autor respecto a que la toma de posición de Sorel en relación al «caso Dreyfus», en el que este oficial judío es castigado injustamente por espionaje, no es sólo un problema de antisemitismo, tampoco puede eludirse que la posición de Sorel frente a los defensores de Dreyfus conecta con alguna viejas raíces antidemocráticas.

El «caso Dreyfus» constituye uno de los elementos en los que se apoya J.I. Lacasta para desentrañar hábilmente que la reyerta y enfrentamiento entre los franceses defensores de la inocencia o culpabilidad del oficial no es más que la superficie que envuelve unas presiones mucho mayores y fuertemente enraizadas en la historia y cultura francesas. Es la Francia jacobina y la antijacobina las que salen ruidosamente a la luz, son las ideas de la democracia y su antecedente de la Revolución francesa las que se ponen en entredicho por los antijacobinos. Sorel se alineó junto a Taine, Tocqueville y Proudhon para arremeter contra el jacobino Jaurés. De la mano de aquéllos, Sorel rechaza la Revolución del 89 porque «no ha fundado nada, no nos ha liberado sino que

3. Vid. KOLAKOVSKI, L., *El hombre sin alternativa*, trad. A.P. Sánchez Pascual, Madrid, Alianza, 1970, p. 201.

4. *Ibidem*, pp. 204-205.

nos ha cambiado de miseria y en consecuencia, necesitamos una Revolución nueva, organizadora y reparadora para llenar el vacío dejado por la primera» (p. 64).

La disputa entre Sorel y el historiador y líder parlamentario del socialismo Jaurés es por ello y en primer lugar política. La cual se materializa en el rechazo por aquél del «edificio turbio» de la democracia parlamentaria, a la que opone «la construcción antiparlamentaria» de las Bolsas de Trabajo que «es preciso hermanar en sus cimientos con esa Revolución política de 1789 sin revolución social efectiva» (p. 73-74). En cualquier caso, la alineación de Sorel contra los defensores de Dreyfus conecta con algunas viejas raíces antidemocráticas, pero sin olvidar las antisemitas de la cultura francesa. Reflexión que no emerge con fuerza hasta el epílogo.

Por último, se hace una tentativa adicional para que el antisemitismo de Sorel no oscurezca su ser y su pensamiento, con el objetivo de salir al paso de la severa crítica dispensada por Kowalewski sobre la contradicción del antisemitismo soreliano con la esencia «marxista-revolucionaria». Para este autor tanto el antisemitismo como el antidemocratismo soreliano proyectan, al menos, una sombra de duda sobre el posible carácter marxista-revolucionario de Sorel (p. 363). J.I. Lacasta adopta un talante soreliano frente a este tipo de críticas con el objetivo de relativizarlas. Al contemplar el problema a través de la lupa soreliana, el autor logra rescatar que, para un autor tan poco dado a las esencias, el asunto de ser o no ser un «marxista revolucionario» no era ni con mucho fundamental (p. 363-364). Lo interesante es quedarse en algo más modesto, «como es sencillamente estudiar el pensamiento soreliano, en lugar de responder a esta imposible espiral labriolana que mezcla inspiración-identidad-legitimidad y marxismo revolucionario» (p. 364). Por lo demás, al hacerlo, se constata el excelente conocimiento y análisis soreliano de «la obra de Marx y sus consecuencias».

Por último, señalar que J.I. Lacasta, a pesar de las contradicciones señaladas, tampoco permanece pasivo ante las actitudes «antidemocráticas» de Sorel. Sus clarividentes críticas al «apoliticismo» y al talante antidemocrático de este autor son extractadas, primero, y reforzadas, a continuación, de la mano de Bernstein y Racca. A partir del apoliticismo soreliano y su concomitante rechazo de los partidos políticos en favor de las «organizaciones sindicales obreras» se comenta, primero, cómo la «sociedad proletaria soreliana» en la que las funciones del antiguo Estado son recogidas por estas «organizaciones sindicales obreras», «sin partidos políticos variados o formaciones plurales» puede dar lugar a un nuevo Estado que «amenaza con ser mucho más tiránico y absoluto que el actual» (p. 373). Para apuntar, en segundo lugar, el «grave riesgo que correrían en ese horizonte, uniformizado por el trabajo, los seres vagabundos, vagos, borrachos sin remisión, amigos de lo ajeno, delincuentes y marginales que tienen la obsesión de poblar las sociedades contemporáneas de Sorel y las nuestras» (p. 374).

Sin embargo, nuevamente, movido posiblemente por el profundo respeto intelectual que Sorel ha despertado en él, J.I. Lacasta hace un esfuerzo más en matizar alguna de estas críticas, mediante su contextualización histórica y social. En este sentido, se pretende que el lector no pierda de vista la ubicación temporal de la obra soreliana, a principios del XX, para proceder a su «crítica ideológica»; porque «su enfrentamiento a la democracia no quiere decir lo mismo a principios de siglo que cuando éste casi se despide» (p. 377). Ahora bien, siendo esto cierto no debe hurtarse una conclusión evidente: el escoramiento de Sorel hacia soluciones no sólo alternativas, sino muchas veces antidemocráticas. El enfrentamiento soreliano a la «nueva racionalización» de la III República francesa como portadora de un discurso «fofo de un progreso pacífico y sin historia» y elemento esencial de la democracia moderna explica, en parte, para Donzelot, el recorrido y la conexión de Sorel con algunos de los movimientos totalitarios que estaban surgiendo a principios del siglo XX. En concreto, el denominador común de sus pasiones sucesivas: marxista, anarquista, sindicalista, católica, mussoliniana y leninista es precisamente su irresistible aversión a la democracia ⁵.

5. Vid. DONZELOT, J., *L'invention du social*, París, Fayard, 1984, p. 114-120.

A pesar de que las últimas páginas se deslizan en un tono crítico, haciendo balance de los pros y los contras del trabajo de J.I. Lacasta ha de reconocerse que rescatar el ideario de Sorel es no sólo un acto valiente, sino también de gran utilidad para pensar el fin de siglo al que estamos abocados. La actualidad del pensamiento soreliano, tantas veces reivindicada a lo largo de las páginas del libro que comentamos, se hace evidente por sí misma a medida que se avanza en su lectura, al igual que el interés y la densidad del pensamiento de este autor. Sin embargo, esta contemporaneidad e interés no se hubieran visto empañados si se hubiera hecho mayor hincapié en las sombras que se proyectan sobre la figura de Sorel al socaire de su antisemitismo y antidemocracismo. Las rancias polémicas sobre si Nietzsche o Kelsen, por poner dos ejemplos bien distintos, fueron «culpables» del surgimiento de la ideología o legitimaron jurídicamente las atrocidades del nacionalsocialismo ya no dan más de sí y debieran abrirse camino lecturas más desprejuiciadas y ponderadas del pensamiento de este tipo de autores, superando la necesidad de las adhesiones incondicionales y los pensamientos globales. En Sorel, como en los autores anteriores o en otros, se pueden encontrar perspectivas valiosas y apreciaciones erradas o criticables. Por eso, hacer aflorar o reconocer los aspectos negativos del ideario de éste no puede representar un pretexto, ni mucho menos justificación, para obviar sus brillantes reflexiones sobre la situación social, política y ética de la Europa occidental de *fin de siècle*. El sugerente estudio que J.I. Lacasta compone con rigor y amenidad nos brinda la ocasión de acceder a lo más valioso del pensamiento soreliano. En definitiva, estamos ante un libro oportuno que consigue reparar el inexplicable olvido en el que se ha visto obligado a vagar el ideario de Sorel. Un libro que, además, se lee gustosamente por estar magníficamente escrito, aunque se echa en falta quizá un mayor orden expositivo y un discurso algo más personal, sin recurrir tanto a los entrecomillados, con lo que el autor podría habernos facilitado en mayor medida su lectura.

Teresa PICONTO NOVALES